

# Aventura con una mujer a la que no conozco<sup>1</sup>

JEAN-PIERRE OTTE

Traducción de COLETTE CHARBONNIER  
Universidad de Extremadura

Desde que publiqué *Julienne et la rivière*<sup>2</sup>, recibo regularmente cartas de desconocidas en mi casa de Bra-sur-Lienne. Intrigantes, secretas, esas cartas, las aparto inmediatamente del lote; llevan sobres de colores, están escritas con tinta roja, con tinta azul, con curvas hermosas que son las curvas del corazón. A menudo están perfumadas, con, dentro, algunos pétalos de flores, unas estampas recortadas de una revista, un trozo de encaje o de ropa íntima. De esta forma inicio una correspondencia con mujeres a las que, quizás, no conoceré nunca, mujeres a las que no sé muy bien poner una cara y una edad. Sus nombres bailan en mi cabeza: Catherine, Yolande, Henriette, Nadine, Jeanne, Madeleine, otra Madeleine. Leo, vuelvo a leer una y otra vez esas cartas; las arrugo un poco como hojas de menta. Sin darme cuenta, me dejo embelesar por ellas.

Recientemente, tuve la idea de escribir a una de esas desconocidas y pedirle que me hiciese descubrir el lugar en el que vivía. La respuesta se hizo esperar; pensé que mi amiga incógnita sólo había pensado en un intercambio epistolar, y que mi imprudencia seguramente le había disgustado. Ya no pensaba en ello cuando encontré en mi buzón un sobre de colores con esa letra que conocía muy bien. Dentro, había una cita y un itinerario.

Salí temprano en coche, vagabundeando como la liebre de la fábula a través de los pueblos y los campos. Hacía un tiempo magnífico, con brascas ventoleras que se llevaban los vuelos de pájaros. Las tierras estaban perfectamente roturadas, rastrilladas, con rayas regulares, surcos sembrados ya con trigo, y, aquí y allí, de tarde en tar-

1. «Aventura con una mujer a la que no conozco» in Jean-Pierre Otte, *Celui qui oublie où conduit le chemin (Voyages autour de ma maison et dans les villes)*, Robert Laffont, París, 1984, pp. 67-71.

2. Jean-Pierre Otte, *Julienne et la rivière*, Robert Laffont, París, 1977.

de, islotes de verdor, álamos blancos, una huerta, un pueblo acurrucado alrededor de su campanario.

Alrededor de las dos, cogí un sendero y me detuve a la orilla de un bosque de abedules ralos de los que el viento replegaba suavemente las hojas. Salí del coche para estirar las piernas y tomar el fresco. Me deleité con ese almuerzo ligero que había traído: un café muy negro casi hirviendo, pan, queso fresco y fruta. Esa comida me gustó y me pareció corresponder perfectamente al trazado de las tierras abandonadas al viento, que se extendían hasta perderse de vista a uno y a otro lado del sendero.

De pronto, movido por una gran impaciencia, reemprendí el camino, y me dirigí a la ciudad cercana. Llegué pronto al sitio acordado. No encontré a nadie. Quizás fue un poco temprano. Rondé la calle. Pasaba gente. En un patio soleado, una niña saltaba a la comba.

Vi llegar a una mujer y supe que era *ella*. La había imaginado muchas veces, mujer de treinta años, mujer de cuarenta años en su plenitud amorosa. Tenía un pelo entrecano magnífico, la piel de una plenitud hermosa, y fue la impresión de dulzura y ternura lo que me cautivó al momento, y, en cuanto los volvió hacia mí, sus bellos ojos de noche verde.

Me llevó por la ciudad, enseñándome la panadería en la que compraba el pan, la iglesia, la lechería. Hablaba de esas cosas cotidianas que dejan en nosotros las huellas más profundas. Me dijo que no conocía nada más embelesador que el olor de la ropa que se ha secado en la hierba.

Cayó un aguacero y nos tuvimos que refugiar en un bar.

—He pensado mucho, dijo, en los novios de *Le Cœur dans sa gousse*<sup>3</sup>, cuando penetran en la marisma nevada, intentando alcanzar la primavera, el país al que nunca se llega. Nuestro temor entero reside en la manera de franquear ese punto sin retorno donde se acaba el soplo. Formulamos el deseo de morir sin demasiada dificultad ni dolor. La cosa sería más fácil si un amigo (pero, ¿existe un amigo tal?) nos hiciera el favor de morir con nosotros. Desgraciadamente, pienso que es en ese momento cuando uno debe sentirse más solo, tan sumamente solo quizás que la noción de soledad ya no existe, bajo el dominio de un espejo sin azogue en el que uno va a disolverse lentamente.

Se detuvo para beber un poco de té.

—He sido testigo de un pequeño drama al estilo de Maupassant, dijo. Dos viejos, en mi calle, vivían la última etapa de sus vidas, simple y muy feliz, con pequeños gestos, miradas, atenciones que no engañan sobre la complicidad de corazón.

«Acababan de celebrarse sus bodas de oro, en un banquete que reunía a los distintos miembros de la familia, cada uno pavoneándose delante del otro, para dar prueba del mayor éxito, del *triunfo social más grande*, donde el «pues yo...» sirve, muy a menudo, de vehículo a un camino de vanidad, de estupidez pretenciosa y de arrogan-

3. Jean-Pierre Otte, *Le cœur dans sa gousse*, Robert Laffont, París, 1976.

cia que, muy a menudo, son propios de los nuevos ricos. Al final del banquete, no hubo más remedio que considerar la eventualidad a la que habría que llegar, quizás, si los dos viejos no consiguiesen satisfacer sus necesidades. Se habló, no de asilo, sino de residencias más lujosas, tipo *Villa de las rosas*, *Las Horas felices*...

Una vez solos, los dos viejos publicaron un anuncio en la hoja de compra-venta, por el cual daban su perra *Lolotte* a quien quisiera cuidar de ella lo mejor posible. Una pareja joven les contestó, que les causó muy buena impresión, y a quien entregaron a *Lolotte*, con el corazón aliviado. Después hicieron una limpieza particularmente meticulosa de la casa. Dieron cera a todos los muebles y suelos, limpiaron los cristales. Todo quedó impecable, limpio, reluciente.

Una noche, cenaron, como de costumbre, algunos fiambres y un poco de mermelada. Enjuagaron los platos. Él escribió a continuación una carta a los hijos y fue a echarla al buzón de la esquina, luego subieron.

«La "carta a los hijos" hizo llegar de una vez a toda la familia. Encontraron la casa impecable, con ese olor a cera que aturdiría a todos. Encontraron a los dos viejos en el desván; se habían ahorcado de la viga maestra; y a él, en su caída, le había dado tiempo a coger el brazo menudito de su mujer...»

Mi compañera levantó los ojos hacia la ventana. Fuera, había dejado de llover. Subían vahos por las calles empapadas.

—Quisiera enseñarte mi secreto, dijo.

Me cogió de la mano y me llevó, más allá de un área de casas recientemente construidas, hasta una alameda florida, con corazoncillos como estrellas esparcidas en las hierbas. El viento zumbaba como cuando uno pega una concha contra su oreja o se aventura en los ábsides de las iglesias.

Entramos en un monte alto y allí, en una encrucijada, había una pequeña virgen de piedra gris, lavada, roída por las lluvias, que hacía pensar más bien en una pequeña diosa primitiva, con un poco de musgo verde mar.

—Vengo por aquí a menudo, murmuró mi compañera, esta pequeña virgen me fascina, fascina en mí una parte intacta, sin tocar de mi ser.

Y, además, añadió:

—Cada mujer lleva en lo más secreto de su ser una pequeña virgen parecida, como una fuente de silencio que apenas brota.

Y yo no decía nada. Estaba lleno de esos apresuramientos del viento en los árboles.